

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

5ª SEMANA DE CUARESMA (25 marzo 2012)

No es el poder, ni el dinero, ni la alianza con el sistema social inhumano, lo que nos acercará al Reino, a los empobrecidos del mundo obrero, a Dios. Si perdemos la vida en la lucha por la justicia, en la defensa de los derechos de todos y todas, en poner voz a los que son silenciados, en gritar contra reformas que quieren devolvernos a la “esclavitud” de otros tiempos... si vivimos así, daremos fruto abundante. La garantía del triunfo de lo pequeño es el grano de trigo que muere, es Jesús en la cruz.

VER

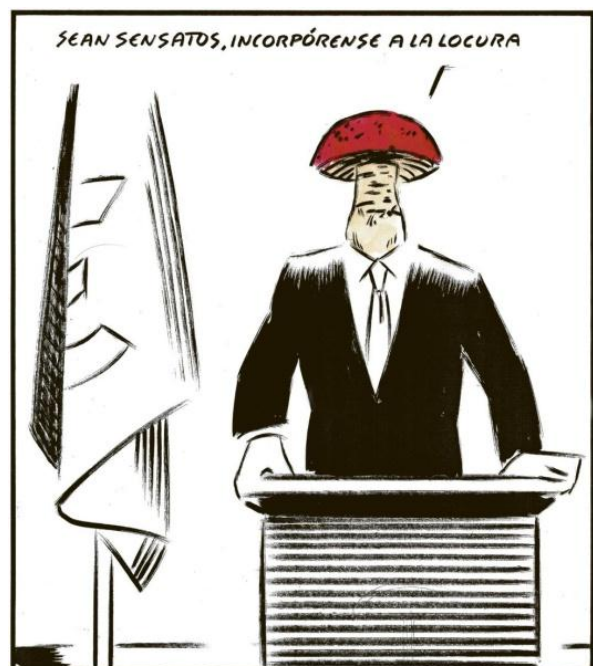
Recortes. Reforma laboral. Desaceleración. Paro. Empobrecimiento. Marginación. Exclusión. Incertidumbre. Copago sanitario. Impuestos. IVA. “Minijobs”. Déficit cero. Corrupción. Desahucio. Huelga general. Credibilidad. Prima de riesgo. Flexibilización. Familia. Frustración social. Desencanto. Indignados. Recesión. “Cambio de giro en la evolución cíclica” (De Guindos; ¿qué querrá decir?). Ajustes presupuestarios. Ecofin. Zona Euro. “Merkozy”. 5,3%. 8,5%. 3%. 4,4%. 25.000 millones. 5.000 millones.

¡Y mucho más! Perdonad el rollo. Seguro que me faltan aún muchas más “palabras mágicas”. Nos hemos acostumbrado a este vocabulario. Y a veces creemos que es lo único que hay.

Pero, hoy quiero “acercar” otras palabras, otro vocabulario. Lo tomo prestado. Como estas palabras vosotros conocéis muchas. A nuestro alrededor también hay “Ángeles”.

«Por suerte para mí, mi compañero es un hombre que no posee nada material pero tiene el corazón y la cabeza más sanos que he conocido y cada día aprendo de él algo valioso. A estas alturas de mi existencia, he vivido ya las suficientes horas buenas y horas malas como para empezar a colocar las cosas en su sitio. El caso es que tengo la sensación de que empiezo a entender un poco de qué va esto llamado vida.

Casi nada de lo que creemos que es importante me lo parece. Ni el éxito, ni el poder, ni el



dinero, más allá de lo imprescindible para vivir con dignidad. Paso de las coronas de laureles y de los halagos sucios. Igual que paso del fango de la envidia, la maledicencia y el juicio ajeno. Aparto a los quejumbrosos y malhumorados, a los egoístas y ambiciosos [...]. Detesto los coches de lujo que ensucian el mundo, los abrigos de pieles arrancadas de un cuerpo tibio y palpitante, las joyas fabricadas sobre las penalidades de hombres esclavos que padecen en las minas de esmeraldas y de oro a cambio de un pedazo de pan.

Rechazo el cinismo de una sociedad que solo piensa en su propio bienestar y se desentiende del malestar de los otros, a base del cual construye su derroche. Y a los malditos indiferentes que nunca se meten en líos. Señalo con el dedo a los hipócritas que depositan una moneda en las huchas de las misiones pero no comparten la mesa con un inmigrante.

Y ahora, ahora, en este momento de mi vida, no quiero casi nada. Tan solo la ternura de mi amor y la gloriosa compañía de mis amigos. Unas cuantas carcajadas y unas palabras de cariño antes de irme a la cama [...]. El mejor verso del mundo y la más hermosa de las músicas.

También quiero, eso sí, mantener la libertad y el espíritu crítico [...]. Quiero toda la serenidad para sobrellevar el dolor y toda la alegría para disfrutar de lo bueno. [...] No estar jamás de vuelta de nada. Seguir llorando cada vez que algo lo merezca, pero no quejarme de ninguna tontería. No convertirme nunca, nunca, en una mujer amargada, pase lo que pase. Y que el día en que me toque esfumarme, un puñadito de personas piensen que valió la pena que yo anduviera un rato por aquí. Solo quiero eso». (*Ángeles*)

SALMO

Decidme, hijos de la tierra:

¿Quién es Dios, tan desprendido, tan grande, tan vulnerable?

¿Quién es Dios, que nos propone un amor de igual a igual?

¿Quién es ese Dios, capaz de amarnos así?

¿Quién es Dios, para darnos a su Hijo nacido de mujer?

¿Quién es Dios, para que se vuelva un perdedor, entregándose en manos del hombre?

¿Quién es Dios, que llora nuestros males, como una madre?

¿Quién es ese Dios, capaz de amarnos así?

¿Quién es Dios, al que ninguno puede amar si no ama al hombre?

¿Quién es Dios, al que tanto se le puede herir, cuando herimos al hombre?

¿Quién es Dios, que de su muerte saca nuestro nuevo nacimiento?

¿Quién es ese Dios, capaz de amarnos así?

¿Quién es Dios, para abrirnos su alegría y su reino?

¿Quién es Dios, para ser nuestro pan en cada cena?

¿Quién es Dios, que invita incluso a nuestros cuerpos a entrar en su gloria?

¿Quién es ese Dios, capaz de amarnos así?

¿Quién es Dios, que hace de nosotros hijos suyos a su imagen?

¿Quién es Dios?

El Amor es su nombre y su rostro, el Hombre.

¿Quién es ese Dios, capaz de amarnos así?

EVANGELIO (Jn 12, 20-33)

De entre los que habían subido [a Jerusalén] para dar culto durante la fiesta, había algunos griegos. Entonces, acercándose estos a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaron diciendo: “Señor, queremos ver a Jesús”. Felipe se acerca a decírselo a Andrés, y los dos se lo dicen a Jesús. Jesús les respondió: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad os digo, si el grano de trigo que cae en tierra no muere, sigue siendo un único grano; en cambio, si muere, produce fruto abundante. El que ama su propia vida, se pierde; sin embargo, el que odia su propia vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. Si alguno quiere servirme, que me siga, y donde yo estoy, también allí estará mi siervo. Si alguno me sirve, el Padre lo honrará. Ahora estoy angustiado, ¿qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Pero, he venido para esto, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre”. Entonces vino una voz desde el cielo: “Lo he glorificado, y volveré a glorificarlo”. La gente que estaba allí y lo escuchó decía que había sido un trueno; algunos decían: “Le ha hablado un ángel”. Pero Jesús dijo: “Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Dijo esto presagiando de qué tipo de muerte debía morir.

Comentario

La última sección del llamado «Libro de los signos» (c. 2-12) del Evangelio de Juan debe ser leída a la luz de los acontecimientos que se producirán los últimos días de la vida de Jesús: su pasión, muerte y resurrección («Libro de la gloria», c. 13-20). El pasaje que comentamos hoy forma parte de los momentos finales del «Libro de los signos». Son los acontecimientos últimos del ministerio público de Jesús, tal como lo ha concebido y presentado el autor del evangelio de Juan.



Situamos la narración en su contexto inmediato. Nos encontramos en los días previos a la fiesta judía de la Pascua. Jerusalén es un continuo bullir de gentes: judíos y paganos, prosélitos (paganos convertidos al judaísmo), simpatizantes judíos... Los griegos de los que habla este evangelio probablemente pertenecen a alguno de estos dos últimos grupos. En este ambiente hay una gran expectación respecto a Jesús: «¿Vendrá a la fiesta?» (Jn 11,55-57).

Poco antes había realizado la resurrección de Lázaro, en Betania (cercana a Jerusalén) (Jn 11) y esto generó admiración en unos, curiosidad en otros, y en los jefes del pueblo, deseo de acabar con la vida de Jesús: se había convertido en alguien peligroso.

A partir de aquí escuchamos dos relatos preñados de un fuerte valor cristológico: Jesús es presentado y reconocido en su soberanía y grandeza. Se trata de la unción en Betania (Jn 12,1-8) y de la entrada triunfal en Jerusalén (Jn 12,12-19). Hemos de tener en cuenta la cuidada acentuación cristológica en el evangelio de Juan. Todo conduce a presentar a Cristo como el rey soberano, que a través de los signos-milagros que

realiza, y sobre todo de su muerte en la cruz, recibe la exaltación y glorificación de parte de Dios. No es el Mesías que el pueblo esperaba, porque en el abandono y despojo de todo, es como manifiesta su triunfo y poder.

El pasaje que comentamos, conocido como «la búsqueda de los griegos» o «Jesús y los griegos» es narrado solamente por el evangelio de Juan. Ninguno de los Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) lo recogen en sus relatos. No es momento para discutir el origen de dicho relato, sea o no una narración ideal, ni quiénes son estos griegos. El hecho es que el evangelista aumenta la tensión narrativa: no son solo los judíos quienes expectantes se preguntan si Jesús acudirá a Jerusalén en la fiesta. También los griegos acuden en su busca. Han oído hablar de él y quieren verlo. Encontramos aquí resonancias del universalismo del mensaje de Jesús: el evangelio no es solo para los judíos; es universal, para todos los pueblos.

La búsqueda de los griegos propicia la ocasión para la intervención de Jesús. Si nos fijamos, Jesús no responde a la demanda que en nombre de aquellos hacen Felipe y Andrés. Aprovecha esta situación para explicar el alcance teológico-salvífico de la presencia de Jesús, porque en este momento llega la hora de su glorificación.

«Ha llegado la hora». Uno de los elementos recurrentes en el evangelio de Juan es el tema de «la hora». Identificada con el triunfo de Jesús en la cruz, su exaltación y glorificación, hasta este momento ha aparecido como un acontecimiento futuro: aún no ha llegado la/mi hora. Es a partir de este diálogo de Jesús cuando se vislumbra en el horizonte que «la hora» ha llegado. Ya está aquí, y ahora de un modo permanente (así lo indica el uso del perfecto griego, y la utilización reiterada del adverbio «ahora»).

Continúa el texto con una imagen que plasma gráficamente el sentido de las palabras de Jesús: la fecundidad que produce la hora de la glorificación. Una comparación con claras resonancias a los Sinópticos: «el que quiera ganar su vida, la perderá; pero el que la pierda por el evangelio, la salvará», «quien quiera seguirme cargue con su cruz, niéguese a sí mismo y sígame».

La muerte es contemplada en su dimensión de fecundidad, como el grano de trigo. En la nada más absoluta, en el abandono de todo y de todos, Jesús se entrega por entero a Dios y al mundo, y así da fruto en abundancia. La cruz ilumina la vida.

No será solamente la vida de Jesús la que alcance la fecundidad por la entrega de la vida. El discípulo, el que quiera caminar detrás de él, también ha de ser capaz de entregar su vida. El seguimiento en el evangelio de Juan se contempla aquí desde la dimensión del servicio. La invitación al discipulado se convierte así en la disposición a ir hasta la muerte, la entrega de la propia vida, como lo hará el propio Jesús. Pero el evangelista introduce aquí la afirmación del futuro que espera a quien viva de este modo: el camino del discípulo conduce allí donde está Jesús y quien le sirve será honrado por el Padre. Los discípulos también participarán de la gloria que se manifestará en la cruz de Jesús.

«La hora», como estamos diciendo, en el evangelio de Juan tiene un doble aspecto, la muerte y la glorificación. Las palabras de Jesús, a modo de reflexión interior («¿Qué diré?») manifiestan el momento, «la hora» del dolor amargo ante la muerte. La agitación, el dolor, la angustia que expresan las palabras de Jesús nos llevan a la escena de Getsemaní, narrada por los Sinópticos y que Juan no incluye en su relato de la Pasión. Para el evangelista la pasión de Jesús, como indican estas palabras, no comenzará tras la cena, sino que es precisamente aquí, cuando ha llegado «la hora», y Jesús abraza y asume en disponibilidad absoluta su destino: «Para eso he venido, para esta hora». Pero insistamos: «la hora» que Jesús acepta, su destino no es estéril. Se somete a la voluntad del Padre, una voluntad que se manifiesta en su deseo de amor y salvación. Así lo ratifica la voz del cielo. La entrega de Jesús, su muerte será fecunda. Su fidelidad es confirmada con la propia fidelidad del Padre. Dios garantiza que con la cruz llega la exaltación gloriosa del Hijo. Y de aquellos que caminen detrás de él y le sirvan.

Dios acompaña a Jesús durante el trayecto de la pasión, donde aquellos que juzgan a Jesús son realmente juzgados por él y por la actitud que han tomado frente a él. Insiste en el «ahora» del triunfo y la glorificación del Hijo. Y esto se manifiesta en el juicio contra «los poderosos» de este mundo. La victoria sobre ellos tiene lugar con la exaltación de Jesús en la cruz. Y es el fruto primero de su entrega. El término griego que expresa esta victoria tiene una gran fuerza expresiva: no solo es “arrojado fuera”, es “expulsado de su esfera de poder”. Y lo es ya, en este «ahora» de la glorificación en la cruz.

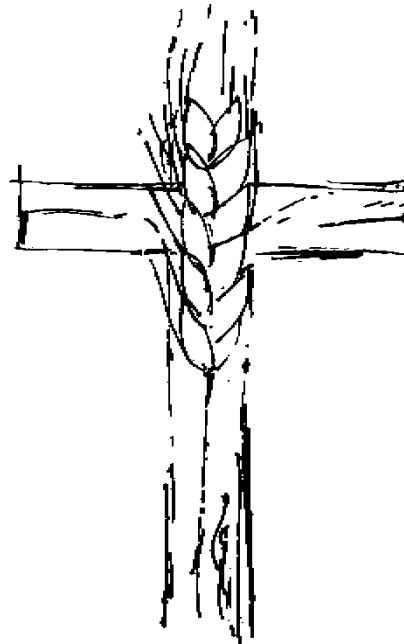
Pero la perspectiva salvífica de la muerte-glorificación de Jesús no acaba con esta “victoria”. En «la hora» de Jesús la salvación llega a todos los hombres: «todos vendrán hacia mí». La cruz y la glorificación alcanzarán a todos. No solo atrae hacia la cruz, sino que su poder salvífico es aún mayor. Conduce incluso a la gloria de la presencia del Padre, allí donde está el Hijo y donde es glorificado. Su poder es total, no tiene límite alguno

SALMO (Ch. de Foucauld)

Padre:
me pongo en tus manos.
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea,
te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo.
Lo acepto todo,
con tal que tu voluntad
se realice en mí
y en todas tus criaturas.
Es lo único que deseo, Padre.

Te confío mi vida,
te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y necesito darme,
ponerme en tus manos sin reservas,
con una infinita confianza,
porque tú eres mi Padre..



DESDE LA VIDA

Lidia, mi suegra, ya tiene 78 años, vive sola, es una mujer sencilla, creyente y trabajadora.

Se casó cuando tenía 22 años y tuvo cinco hijos. Ella recuerda lo que tuvo que trabajar, las tareas que realizaba en su quehacer diario. Se levantaba muy temprano para encender el fuego, hacer el desayuno, barrer, dar de comer a los animales, ordeñar las vacas a mano, ayudar al marido en las faenas del campo... Venía cansada de trabajar y tenía que ponerse a peinar en la peluquería. No tenía ni un minuto libre para ella.

Lidia, durante gran parte de su vida, tuvo una triple jornada laboral: las tareas del campo, la peluquería y las tareas de la casa. Los hijos se hicieron mayores, se casaron y vinieron los nietos. Lidia se jubiló; poco después murió su marido. La parroquia, la asociación de amas de casa, el pueblo... seguían llenando su vida.

Cuando contaba con algo más de tiempo libre, de pronto su casa se llenó de nietos y de abuelos, que mayores y enfermos, necesitaban de su ayuda y de sus cuidados. Lidia a nadie dijo que no. Se puso de nuevo su delantal y manos a la obra. Los nietos crecieron y los abuelos murieron y Lidia volvió a tener tiempo libre, que dedica siendo voluntaria de Cáritas.

Lidia es una de esas mujeres que como el grano de trigo va muriendo poco a poco para dar frutos abundantes. Para mí, Lidia, mi suegra, es un modelo de entrega, de servicio, de vida dada y regalada. Gracias Lidia por tu vida. (*Su nuera Begoña*).

ORACIÓN

También nosotros queremos verte, Jesús, en esta hora en que, como semilla, te siembras en la tierra de nuestro dolor y germinas en apretada espiga, esperanza de mies abundante. Tú nos descubres qué dulce es morir para el que ama y se da con alegría. Perder la vida por ti y contigo es encontrarla. Entonces hasta el llanto florece en sonrisa.

En tus llagas encontramos refugio y en ellas recobra sentido el padecer humano. Solo mirándote hallamos fuerza para abandonarnos confiadamente en las manos paternas de Dios.

Tu amor hasta la muerte, tu lucha contra la injusticia nos espolea a comprometer nuestra vida en favor de los más débiles, a crear la "mesa compartida" de la humanidad. Que nuestra vida sea como la tuya, Jesús: grano de trigo que muere en el surco del mundo, y revienta en fruto abundante. Amén.

